

lectores se habrán percatado del ponderado juicio y selecto criterio que siempre le guió.

De todos sus amplios conocimientos, siempre admiré el profundo dominio del castellano, de su léxico puro y de su sintaxis impecable. Bajo el seudónimo de «Un aprendiz de hablante» —él que siempre fue un maestro— llevó en esta revista una sección fija *Crítica sin hiel*, donde puntualmente, nos ofrecía una lección de buen decir, sección que merecería los honores de recopilarse y editarse, porque sería un maravilloso libro de consulta, ahora que hay tanto escritor, incluso de campanillas, que nos ofrecen un castellano plagado de galicismos, barbarismos, solecismos y otros vicios idiomáticos, y nada digamos del llamado, valga el eufemismo, *español neutro*, fabricado en Puerto Rico, que nos muestra a diario la Televisión.

Durante los últimos meses y por razones de esta revista, nuestra personal relación se acentuó visiblemente, nunca se borrará de mi memoria la exquisitez de sus maneras y lo afable de su trato. Su cortesía y educación esmeradas, daban a su figura hidalga un marcado acento de aristocrático perfil. Razonable, concienzudo, pendiente de la revista hasta en sus más nimios detalles, siempre estimé por lo que valían sus oportunos consejos con los que me distinguía, posiblemente por ser el más joven miembro de la redacción de ALCÁNTARA.

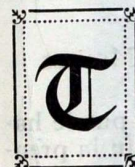
Desde estas cuartillas, escritas a vuela pluma, aún bajo los efectos de la sorprendente noticia de su desaparición, mi más emocionado homenaje, a este maestro de nuestras letras, que se llamó Pedro Romero Mendoza, caballero del buen decir y del mejor hacer.

J. A. OLIVER MARCOS



PEDRO ROMERO MENDOZA

ESCRITOR



ODOS los días al despertar, pensamos: ¿qué nos tendrá deparado hoy el destino? (¡Qué fatal palabra!) El destino nos depara las sorpresas más extrañas que podamos suponer. Una mañana te levantas, miras el periódico y te encuentras con la esquela de defunción de un amigo. De un conocido a quien parecía que la muerte iba a respetarlo mucho tiempo.

El cronista una mañana abrió una carta de su amigo José Canal. Canal decía: «Pedro Romero Mendoza ha muerto a consecuencia de un accidente de automóvil». Y uno piensa sorprendido en el destino.

Hilamos, palabra a palabra, conversaciones, saludos, discusiones, cambios de ideas, gustos o disgustos literarios. Pedro Romero Mendoza era un hombre puramente literario. Elegantemente literario. Si discutimos sobre éste o aquel escritor, siempre me llevaba el convencimiento de que Romero Mendoza era un escritor honrado. Un escritor con ideales muy claros y muy fijos. Tenía yo un gran respeto a sus juicios. Aunque me fuese muchas veces rumiando su castellano puro, su no querer nunca jamás ceder un poco. Tenía razón. Cuando un hombre no cede en sus convencimientos es que está seguro de sí mismo. Romero Mendoza siempre lo estuvo. Esta es la pura y llana verdad.

Pedro Romero Mendoza tenía una virtud de excepcional cualidad: la de ser un gran lector. Sabía devorar libros y libros. Y escoger sus lecturas. Pocos escritores han leído tanto y tan bien como Pedro Romero Mendoza.

Cáceres pierde uno de sus mejores escritores. Escritor exquisito que va a ser muy difícil igualar.

La revista ALCÁNTARA pierde director. Y al perder un director de la categoría de Romero Mendoza, difícil de sustituir, pierde un algo, un no sé qué, uno de sus mejores puntales, un gran literato.

Estamos los que andamos en estas cosas de la pluma hoy de luto en Extremadura.

JESÚS DELGADO VALHONDO